

puso QUEVEDO; esta, lo primero que dió á la estampa. Juntas la una y la otra, es curioso reparar cómo en el espacio de veinte y cuatro años, si el estilo y la forma ceden á la acción destructora del tiempo, el vigoroso espíritu político del autor permanece inalterable.

En la *Vida* del caritativo arzobispo retrata con pincel prodigioso al limosnero por excelencia, al padre de los pobres, consuelo de los miserables, guía solícito de su rebaño; al reformador de las costumbres, al guardian de la disciplina y recto juez del clero; al prelado virtuoso, cuya lengua está pronta á evangelizar la paz y los beneficios de Dios; cuyas manos suplen las tardías lluvias, y su celo abarata el año malo; á quien vivo ama el pueblo, y despues de muerto le venera en los altares.

Nada más sencillo, más interesante, más tierno, más bien escrito que este libro, de pocas hojas, pero de mucha doctrina y enseñanza. En él con mano maestra pinta QUEVEDO el carácter y acciones de aquel varon de Dios, modelo de un prelado perfecto, de un fiel administrador de los bienes de la Iglesia, la cual por administradores y no por señores de ellos reconoce á los obispos. «Dios nos ha de pedir muy estrecha cuenta (decia san Gregorio) de la hacienda de la Iglesia; como de encomendada, para que la distribuyamos entre pobres; y como de hurtada á su dueño, si en otro que en socorrerlos se empleare.» Pero ni hace del todo bien quien espera que el pobre le importune, pues paga y no da; ni consiste en solo dar limosna el ser limosnero, sino en saberla dar, en sacar de necesidad al necesitado, en dirigir toda la actividad de la inteligencia á dulcificar los infortunios del pobre, para quien apenas el buen año es bueno. *Beatus, qui intelligit super egenum, et pauperem*, cantó David; y llamándose en la Sagrada Escritura bendiciones á las grandes limosnas, «venid, benditos de mi Padre,» dirá Dios á los limosneros.

Mostrar el atractivo de esta y de todas las virtudes que han de realzar al prelado, y cómo andaré siempre en lo justo, hablando verdad sin humanos respetos, desechando la avaricia, teniendo las manos limpias de soborno, dando á los pueblos su amor y al cielo toda su voluntad, es el gran fin que nuestro autor se propuso. A ejemplo del obispo, cabeza en el orden eclesiástico, se compone todo el clero, á quien únicamente, por el influjo que ejerce en las conciencias, está reservado el remedio de los males públicos. Por eso la grande obra de los reyes consiste en saber elegir obispos; si aciertan á escogerlos, han salvado la sociedad. No elijan á quien busque tales dignidades; la ambicion de solicitarlas hace incapaz al sujeto, por la culpa de presumir suficiencia para tan difíciles cargos. ¡Cuánto pone sobre sí quien los admite, y cuánto arriesga quien los pretende! «Las iglesias, como dice san Bernardo, no habian de darse por ruegos y recomendaciones de parientes poderosos, sino proveerse con rogativas públicas.» De la mano de Dios han de venir los obreros para su heredad. ¡Dichoso reinado el de los Reyes Católicos, en que las mitras se daban á quien no las apetecia, y hubo que impetrar breve del Romano Pontífice para compeler á los eclesiásticos á que las aceptasen!

Y si, como hombres, están expuestos á errar, á olvidarse de sus mayores deberes, á convertir en oficio mecánico lo que debe ser ministerio; á codiciar, no la fatiga y el trabajo, sino los bienes temporales; á creer regalo, comodidad y riqueza lo que es peso gravísimo; á tomar, en fin, por término y corona de una carrera literaria lo que debe ser principio de otra muy diversa erizada de espinas y dolores, pero que tiene al cielo por término seguro y corona inmarcesible; ¿qué extraño que no se detenga QUEVEDO

en desconcertar al prelado que consiente la venta de cargos eclesiásticos, y destina á fines perversos los bienes de los pobres, y se desvive por enriquecer á su parentela y llenarla de estériles vanidades? ¿Qué extraño que dé voces á quien castiga á los eclesiásticos con cárceles y grillos, y no con su ejemplo; á quien pecó en obispar y peca en los deseos de mejorar de obispado; á quien (lo que no permita Dios) con el dote de la esposa pobre granjee medios de conseguir la rica?

QUEVEDO hizo ver en la *Vida* del admirable arzobispo de Valencia que poseía excelentes prendas de historiador; y más, que sabia convertirlas discretamente á explicar y ponderar los hechos gloriosos de los santos varones, donde se alimenta el espíritu en cosas importantes á la república.

No pueden ser ni buen sacerdote ni mediano repúblico el avaro, el ingrato, el soberbio y envidioso; ni quien cede á los miedos de la pobreza y del desprecio, de la enfermedad y la muerte. Es, pues, digna ocupacion del político moralizador combatir estos fantasmas y hacer aborrecibles aquellos vicios en dos magistrales obras: la *Virtud militante* y *La cuna y la sepultura*. Haciendo míos su doctrina, sus pensamientos, las mismas palabras del autor, aun cuando con ajenas plumas haya de engalanar mi discurso, le autorizaré así, á fin de que no se malogren la advertencia y enseñanza, si de otro que de tan esclarecido ingenio procediesen.

Oigámosle con vivísimos colores retratar al avaro: «Su fin es (dice) tener; no por tener, sino porque otros no tengan. Al avaro tanto le falta lo que tiene como lo que no tiene. Gasta su vida en juntar hacienda, y no gasta un cuarto en mantener su vida. Adquiere sin saber para quién, y sabiendo que no es para él. Tiene frio, y no se abriga; tiene hambre, y no come; tiene enfermedad, y no se cura; tiene hijos, y no los asiste; tiene mujer, y la desampara. Adquiere oro para ser pobre, no para ser rico. No vive para sí ni para nadie. Guarda lo que tiene, tanto de sí como de todos. Junta en sus tesoros deseos de su muerte, no socorros de su vida. Niégase á sí propio lo que niega al pobre y al amigo. No saben su cuerpo ni su alma nada de sus riquezas; ni las goza ni las lleva; ni las deja, porque las más veces se las quitan. Ni estima el avariento su vida ni cree que ha de morir; ni hace cosa buena sino cuando se muere. No hizo Dios criatura tan vil ni produjo la naturaleza sabandija tan abatida; no crió animal que no fuese bueno para algo y para otros, y para quien no criase muchas cosas buenas; solo el avaro no es bueno para sí, ni para otro, ni para nadie, ni para nada.» ¿Qué de males no padecerá, pues, la sociedad cuando estos egoistas, estos monstruos vistan las garnachas, ó empuñen los bastones, ó representen los intereses comunes, ó sean pastores de la Iglesia? La avaricia envilece y seca bajo distintas formas el corazón del hombre, y por ella se gobiernan los demás pecados. Con el interés y las galas atropella la castidad y la honra; de la fe conyugal hace mercadería; con la esperanza de medro alquila las conciencias; por el temor de perder algo, ó de no ganar lo que imagina, sacrifica al hermano y al amigo; ambicionando el puesto preferido, y el poder y la opulencia, facilita los mayores crímenes. Por ella el juez rompe la santidad de sus deberes; por ella busca compradores y no beneméritos el mal ministro; ella disfraza con bandas y distinciones vanidosas al que debia profesar humildad y enseñarla, y le trae á impacientarse por los primeros lugares en los festines, por los primeros asientos en los templos, por cortesías y rendimientos en las calles. Ella puede quizá endurecer los oídos del prelado, y para que no le falte lo que le sobra, consentir se escatime lo que ha menester al necesitado y solo. Ella puede, en fin, derribarle á granjear con dádivas las

cátedras de la verdad; y si se consiguiesen con dinero, ¿qué lugar entonces habria seguro sobre la tierra, inmaculado é incorruptible? «La avaricia y la envidia (afirma un profeta) juntó muchas veces á los hombres para codiciar los campos y tomarlos con violencia, y arrebatár las casas, y calumniar al varon y su heredad.» «Los enriquecidos así (añade san Juan Crisóstomo) tuvieron dinero, riquezas y poder; pero los pobres alcanzaron armas más fuertes: gemidos y lamentaciones y el mismo padecer injuria, con que atrajeron el socorro del cielo. Estas armas asuelan las casas, derriban los fundamentos, arruinan las ciudades, y con furiosas avenidas han trastornado todas las naciones.» Tales son los frutos de la avaricia.

No menos amargos los produce la ingratitud, por quien el hombre se aleja del cielo, poniendo olvido en los beneficios que de Dios incesantemente recibe, y negándose á corresponder á ellos con amarle sobre todas las cosas. «Hijos de la ingratitud (dice QUEVEDO) son aquellas pestes racionales de Mahoma, Arrio, Pelagio, Ecolampadio, Meláncton, Lutero y Calvino, tósigos de Alemania y Francia; y cada día, fecunda de muertes y contagios, está engendrando cismáticos y novatores.» La ingratitud persuade á los padres á cuidar de que sus hijos queden antes ricos que virtuosos; y á los hijos, á que por la herencia aborrezcan la vida de sus padres. Empeña al potentado en agraciarse con el oficio de justicia al importuno codicioso y vengativo, y da medios á este para que se vuelva contra él; provee puestos eclesiásticos en el indigno, y logra que la conciencia mandada y el alma venal los desautoricen.» QUEVEDO, volviendo los ojos á los sucesos de su tiempo, y reparando que los jueces y verdugos de don Rodrigo Calderon fueron hechuras suyas; que al duque de Lerma derrocó del valimiento su propio hijo el duque de Uceda; que luego á este y al confesor Aliaga y al gran Tellez Giron persiguieron hasta arrancarles la vida las propias gentes que ellos habian colmado de honores y riquezas, — no puede contenerse, y prorrumpe en estas sentidas y enérgicas palabras: «Más son los que hacemos ingratos con nuestros beneficios, que los que lo son á nuestros beneficios. Quien me da lo que me faltaba para ser ruin, y lo que yo deseaba para poder ser ladrón, ó lo que echaba menos para ser tirano, este no me hace beneficio, sino ruin, tirano y ladrón. Muchos grandes ministros he visto yo en mis dias condenados por los que pusieron en puestos y por las mismas cosas que los aconsejaron que hiciesen. El que á estos tales hubiera antes negado lo que entonces le pedian, habria sido liberal con lo que les negaba.»

Pero está la desgracia del bienhechor en que apenas puede librarse de caer en manos de ingratos. Recibir mercedes, beneficios y finezas, y ser enemigo del que los hizo, es pretender, es negociar, es ser cortesano, es ser hombre. Si el docto olvidado ú el benemérito aplaudido alcanzan premio y cargos del ministro, dicen que tuvo necesidad de ellos, y que obró así por conveniencia propia, y que aun les da menos de lo que merecen y de lo que tienen otros ineptos ó malvados. Si el pretendiente importuno ó el amigo de conveniencia consiguen lo que apetecian, afirman que aquello fué paga y no dádiva, buscan achaques para no agradecer, se quejan de que se les hizo desear el despacho y de que vino á lograrse á no poder más, gracias á otros empeños y recomendaciones más altos. Los ministros de los reyes pasan sin saber qué es agradecimiento. Hé aquí ahora las señas que nos da el Espíritu Santo para conocer á los desagradecidos: «Besan la mano del que da, mientras reciben; humillan su voz en los prometi-mientos, ofreciendo con humildad para recibir con soberbia; piden tiempo cuando llega el de la paga; hablan entonces palabras de enfado, murmuran, trampean las ofertas,

niegan en fin, y se declaran enemigos.» El ingrato desea para sí toda la riqueza y honra que ve en los demás hombres, y en alcanzándola tiene por infamia el agradecerla; no conoce el beneficio que recibe, le desprecia, le olvida, le acusa... Mas, ¡ay, del ladrón se guardan todos en el mundo, y del ingrato nadie se guarda!

Compañera inseparable de la ingratitud es la soberbia, que agita en perenne desasosiego el corazón humano. Aliméntase de vanidad el soberbio; el afán y el ánsia de mando le acongojan; no se satisface con tener mucho, mientras ve algo en otro; la ira le ciega, le desatina la venganza. Cain primogénito no se contentó con ser primero; quiso ser solo. Pero si la soberbia no pusiese en conmoción al mundo; si encaramándose por los puestos que adquiere la maña, no codiciase desde allí los mayores á que sabe trepar la violencia, — antes que de universal desprecio, seria digna de compasión y de lástima. ¿Dónde igual desdicha que la del poderoso endiosado, á quien nadie contradice ni se atreve (ni él lo consintiera); con lo cual no puede arrojar de sí la ignorancia, ni pisar la senda de la sabiduría y de la virtud, que están en la humildad y en la contradicción? ¿Qué desatino comparable al de desvivirse por la privanza de los reyes, olvidando cómo lo han pasado otros que en el mundo han privado? Envíanle cuantos son vanos y desean lo mismo; aborrecido de los buenos si es malo, y de los malos si es bueno, desampáranle todos en el postrero día; los más fuerzanle casi siempre á dar el cargo al indigno, con lo que á sí propio se ofende por el mal nombre que cobra, y al cargo con el mal servidor que le da, y á Dios con la sinrazón que hace. ¿Qué ser más ridículo que el ambicioso? Gloton de alabanzas, lisonjas y adulaciones, rodéase del astuto que le adula, del cauteloso que lo lisonjea, del embustero que lo alaba, agradeciéndoles el envanecimiento y el engaño, recompensándoles el falso testimonio, pagándoles la perdición. ¿Quién más miserable que el que, teniendo los pies de barro, mira por debajo del hombro á los demás, ufano de mostrar de oro la cabeza y de plata los pechos, y ha de caer como la estatua de Nabuco al golpe de una piedrecilla? ¿Dónde loco más rematado que aquel que, erguido el cuello, medido el paso, la voz solemne, severo y grave el semblante, haciendo caudal de cosas pequeñas, dando resoplidos de grandeza y riqueza y sabiduría, vive lleno de sí mismo y satisfecho de su necedad? Vedle despreciar el estudio y al estudioso, creer que todo lo sabe y que todo por intuición lo adivina, que no necesita aprender nada ni oír á nadie; impacientarse á la menor contradicción, sonreirse cuando el adulador le aplaude. Las vulgaridades en su boca parecen oráculos; impone silencio con las manos, arquea las cejas, frunce y saca el hocico, imagina que el orbe de la tierra tiene clavados en él los ojos, que es la maravilla de la creación, y que cuarenta siglos la han estado elaborando.

¡Oh, cuánto yerra quien se ensoberbece con el oro que debió al cielo para socorro del desvalido, y no para propio regalo! ¡Cómo está engañado quien se hincha con un poco de ciencia, tasando á bajo precio la de los demás, cuando en el mundo todas las cosas las sabemos entre todos! ¡Oh, cuánto se equivoca el engreído con el poder que le dió el Altísimo para alivio y amparo de los menores, y piensa que para oprimirlos y acabarlos! En fin, ¡cuán descaminado va quien hace majestad de la ajena miseria, porque desde los tribunales y consejos puede destruir y quitar la hacienda y quitar la vida; ignorando que lo mismo hace una bala, un incendio, un ladrón, un veneno, una víbora, y que desde allí para comun castigo sirve de instrumento y azote, designado por la Divina Providencia, que en semejante oficio le permite! El soberbio es el único que no sabe que lo es, ni quiere escarmentar en los otros: habitando

entre el lodo, mira lo alto en las estrellas para competirlo, y en la tierra para tiranizarlo. De ángeles hizo demonios la soberbia; la soberbia empenó al hombre, no en merecer, sino en escalar el cielo.

La envidia, tristeza de la ajena felicidad y alegría de la ajena miseria, es la base y el alimento de todos los anteriores vicios, es el vicio más extendido sobre la tierra, que nace con el hombre desde el vientre de su madre, que niño le mata, y mancebo y anciano le tiene muriendo siempre. La envidia (afirma QUEVEDO) está amarilla y flaca, porque muerde y no come. En los palacios anda desconocida con nombre de alabanza, en los tribunales y consejos con nombre de interpretación, en las córtes con el de conveniencia y bien público, en los periódicos con el de imparcialidad y sana crítica, en las amistades con el de celo. ¿Cómo no se agitará fieramente en la arena donde ciegas luchan la avaricia y la ingratitud, la ambición y la soberbia, cuando infierne el corazón del discípulo contra el maestro, del amigo contra el amigo? Judas se entristece mirando á la Magdalena ungir con bálsamo y enjugar con sus cabellos los piés del Redentor, y acababa de verle resucitar á Lázaro, muerto de cuatro días! «Atiende ahora (exclama QUEVEDO) á la sagacidad hipócrita con que el envidioso, enmascarado de piedad, contemplando á su amigo en trabajo y pobreza, comienza la murmuración envidiosa por la aparente misericordia, diciendo: El corazón me lastima ver á fulano pobre ó preso; porque, aunque es verdad que se ha bebido su hacienda ó cometido grandes delitos viviendo perdidamente, es lástima mirarle en tanta desventura y aprieto, y que no se haya sabido gobernar.» Y si ve en honra y prosperidad al que conoció en miseria, arrebozándose de alabanzas caritativas, le lima la prosperidad y le mancha la honra, diciendo: «Grande virtud es la deste buen hombre que, siendo hijo de gente baja y vil, y no ayudado de partes personales, se ha hecho tan buen lugar con su industria.» Pocos llevan bien que se les adelante en aplauso y engrandecimiento y honras el amigo; y para ellos es de abrojos la corona de laurel que este ciñe. Ni suele tampoco el sábio librarse de tan asquerosa pestilencia: «No hay modestia que baste á confesar que otro sabe más; y si alguno confiesa que otro sabe tanto, es solo adonde á él le parece que no le creerán y que le tendrán, en decirlo, por humilde y no por verdadero.»

Pero ¡locura inconcebible! no solo se envidian los bienes, sino los males; no solo las honras, sino las afrentas; no solamente la prosperidad, sino las persecuciones y miseria. Mas no se envidia en el virtuoso la virtud, sino la alabanza que por ella le rinden, la tranquilidad de espíritu que por ella goza, el crédito y respeto que por ella adquiere entre las gentes: vicio ruin y execrable, cuando nada es más útil y hacedero que tener contento cada cual en lo que posee y en lo que gozan los demás. La caridad, virtud opuesta á la envidia, es hija y testimonio insigne de nobleza del alma; y por eso hermosamente cantó el Jurado de Córdoba:

Holgar con el bien ajeno
Es ser partícipe dél:
Piedra de toque fiel
En que se conoce al bueno.

La rosa de suyo exhala suavísima fragancia; el bueno, sin poder otra cosa, hace naturalmente el bien, porque es bendecido. Pero, semejante al inmundo sapo, el envidioso escupe veneno sobre cuanto le rodea; aliméntase de curiosidad y murmuración, de maledicencia y calumnia; estéril para sí, jamás consigue sino lo contrario que se pro-

pone: antes fecundiza y realza, sin querer, al mismo que intenta destruir y esterilizar; pretende desbaratar las grandes empresas, y contra su anhelo contribuye á que se logren; trata de impedir la fama del benemérito, y le fuerza á que aspire á mayor corona; vive sin amar á nadie y sin ser amado de nadie; muere con la infamia del que destruye, y le es negada la gloria inmortal del que edifica.

Los *Discursos ascéticos y filosóficos* son un tesoro de enseñanza moral y política, un ameno verjel de anécdotas y sucesos de la vida y del tiempo del autor; una lastimosa galería de retratos de magnates y palaciegos, de predicadores afamados, de jueces, cronistas y poetas de la primera mitad del siglo xvii. ¡Qué destreza en el retratar, qué sagacidad para sorprender los secretos del corazón humano! Con tales discursos, dando voces QUEVEDO á los hombres para que vuelvan de su letargo y se aparten del abismo á que las pasiones los arrastran, procura que escarmienten en las turbas, imposibles de reducir á número, de los que hubo de ahogar la gula, ó aniquilar la pereza, ó convertir en podredumbre la lujuria; de los que atosiga la ira y la soberbia despeña, de los que emponzoña la avaricia y la envidia consume. Muestra, en el principio difícil, mas luego franca y deliciosa, la senda por que puede el discreto huir estos vicios, y la sociedad regenerarse. «¿Quién inventó los ladrones (grita) sino la codicia de lo ajeno; quién los traidores, sino querer el vasallo ser rey; quién los tiranos, sino el querer ser Dios y que él no lo sea?» La dicha y la ventura se reservan para aquella sociedad en que se halle arraigada y robusta la idea del deber; donde esté puesto en el cumplimiento del deber el punto de honra; donde cada cual viva contento y satisfecho con su estado, lleno de resignación el pobre, rico de caridad el poderoso, todos con la esperanza y seguridad de alcanzar el lauro y palma de futuros bienes inmortales.

Pero como (ya se ha dicho) sin fe no hay esperanza; como la filosofía sin la religión es una primavera sin flores, un otoño sin frutos, — á infundir en el endurecido pecho la fe consagra el autor los últimos *Discursos ascéticos*: nada tan útil y profundo salió de la pluma de QUEVEDO. Ya esgrime las más bien templadas armas que suministra la sola razón natural, ya la sátira, el sarcasmo y la burla descarada contra los ateos que nunca dicen ni quieren confesar que viven como las bestias, y siempre afirman que mueren como ellas. Ahora escarnece al rico soberbio, que se afrenta de que el pobre le diga que es su igual y tan bueno como él, cuando él blasona que es igual á los perros y que no es mejor que los lobos. Ahora desconcierta y deja corridos á los herejes, que no niegan á Dios el ser, pero que no quieren que él sea cual es, ni quieren ser ellos cual él quiere que sean; que le ponen nombres, mas no le niegan; que le llaman como quieren, no como deben. Y ya, en fin, desarreboza á los que en la profesión aparentan ser cristianos, y en el corazón y en las obras son desalmados ateistas. La ingratitud, la soberbia, la envidia de los impíos los ciega hasta el punto de no reparar que hacen hoy por instinto los animales lo mismo que hacían desde el principio del mundo. Y ¿hay grande algo, magnífico y glorioso que no hayan obrado y obren los hombres por ser su alma distinta de la de los brutos y por creer ellos que es inmortal? De cuantos lo dudaron (asegura QUEVEDO) ni se lee ni se oyó decir, en obras ó en palabras, cosa que no sea vil, infame, injuriosa, nefanda y detestable.

El hombre, á pesar de la altura y profundidad, ha medido los astros y las sendas por donde calladamente se deslizan; desentruela las entrañas de la tierra, pisa los abismos del golfo, y espera caminar por la más alta región del aire. Con un leño juntó los apartados continentes que el ancho mar separa. De él conoce las invisibles veredas,